

## **La historia no terminó Göran Therborn**

Creo que todos aquí estamos de acuerdo en que el neoliberalismo pertenece al imperio del mal. En varios casos, inclusive, podemos calcular el grado de perversidad que dicho régimen supone. Esto es, deducir con los métodos de las Ciencias Sociales los costos que acarrea la destrucción económica de nuestras sociedades.

Por ejemplo, en Rusia, la toma del poder por parte del régimen de Boris Yeltsin y sus consejeros neoliberales ha generado, directa o indirectamente, 500.000 muertos en sólo dos años. Es posible llegar a esta terrible conclusión si comparamos cuál hubiera sido la tasa de mortalidad en dicho país durante los años '92-'93, si se hubieran mantenido las tasas vigentes en los años '89-'90-'91. Es cierto que esta tragedia no es comparable a los costos del estalinismo. Pero, ciertamente, es el enorme costo social de un experimento de restauración capitalista que se produce en condiciones externas sumamente favorables.

El desempleo de masas, que se ha hecho permanente en los países capitalistas avanzados, tiene también sus efectos mortales en un sentido literal. Por ejemplo, en Suecia, hemos calculado que el desempleo de larga duración produjo en los años '80 (o sea, antes de la crisis actual) la muerte de unas doscientas personas. En un país muy bien organizado, bastante igualitario y casi con pleno empleo en aquella década, el desempleo permanente tuvo (y tiene) efectos nefastos que pueden ser establecidos y medidos empíricamente.

Estamos, por lo tanto, frente a un fenómeno que tiene enormes costos sociales. Sin embargo, como ya dijeran Perry Anderson y Atilio Boron, es importante subrayar que el neoliberalismo no puede ser reducido a una simple locura pasajera, ni solamente a un proyecto burgués malintencionado. Aunque en cierto sentido es un poco todo esto, semejante explicación resultaría excesivamente simplista.

El neoliberalismo es un proyecto serio y racional, una doctrina coherente y una teoría vinculada y reforzada por intensos procesos de transformación histórica del capitalismo. Es una doctrina, al menos de hecho, conectada con una nueva dinámica tecnológica, gerencial y financiera, de los mercados y de la competencia.

Debemos preguntarnos, entonces, en qué puede llegar a consistir una etapa posterior a este tipo de regímenes.

En mi opinión, el pos neoliberalismo no será, necesariamente, el socialismo ni otra nueva etapa del capitalismo.

Podemos decir, más concretamente, que el pos neoliberalismo consistirá en una nueva dinámica histórica donde los desafíos y las tareas de la justicia social, los derechos sociales y económicos de todos los seres humanos, los problemas planetarios del medio ambiente y la propia arquitectura del espacio social estarán en el centro del discurso político. Si el neoliberalismo, tal como hoy lo conocemos, es una superestructura del capitalismo contemporáneo, el pos neoliberalismo deberá ser la expresión de una nueva coyuntura política e ideológica.

Frente a un neoliberalismo serio necesitamos una izquierda seria. Los días del populismo han pasado. Desde mi perspectiva, los nuevos desafíos de la izquierda se pueden reunir en tres conjuntos de tareas.

En primer lugar, necesitamos de análisis empíricos rigurosos sobre los nuevos mecanismos de acumulación, sobre los procesos de cambio cultural y sobre las cada vez más profundas dinámicas de desintegración social.

Hoy, más que nunca, son insuficientes las repeticiones de teorías clásicas. Debemos conocer las nuevas formas de injusticia social y, sobre todo, los mecanismos y los procesos concretos que introducen y reproducen la miseria, la enfermedad y la violencia.

Necesitamos, en segundo término, reconocer el valor de la capacidad de gerenciamiento, al mismo tiempo que debemos aprender a manejar la producción, la administración y la dirección macroeconómica y macropolítica.

Esto es, en mi opinión, muy importante para evitar la falsa idea de que “competencia” y “justicia social” se oponen. Para evitar contraponer, por ejemplo, la estabilidad monetaria a la justicia social. La experiencia relativamente exitosa de los socialdemócratas nórdicos, después de los años ‘30, se debió sobre todo a su eficiente combinación de ética social y capacidad gerencial. En un país como Brasil, con grandes y graves problemas sociales, esta tarea es mucho más difícil que en un pequeño país como Suecia. Obviamente, el desafío es mucho más grande para ustedes. Sin embargo, creo que vuestra capacidad es también, al mismo tiempo, más grande que la nuestra.

La tercera tarea de una izquierda de y para el futuro consiste en desarrollar y ampliar algo que yo, personalmente, tengo muy poco: la sensibilidad en el arte político de la comunicación de masas. Dado que este atributo me falta, no tengo demasiados consejos para dar al respecto. Sin embargo, quisiera delimitar por lo menos algunas direcciones en las cuales tendría que expresarse esta sensibilidad del arte político. Me parece que el discurso de una izquierda del futuro, una izquierda victoriosa y dinámica, debe tener en cuenta cinco intereses y fuerzas específicas. En un orden arbitrario, estas fuerzas son:

1 La clase obrera y las clases populares en un sentido amplio. Esta sensibilidad política tiene que expresarse en un discurso clasista que tenga en cuenta las tradiciones, las experiencias y los intereses de los trabajadores y también de los trabajadores potenciales, los desempleados.

2 Por otro lado, nuestro discurso tiene que asumir una orientación movimientista, con especial atención a los nuevos movimientos sociales de tendencias progresistas como, por ejemplo, los movimientos feministas y los ecológicos, entre otros.

3 En rigor, los dos anteriores constituyen discursos políticos más o menos clásicos. Al lado de ellos, también es importante tener en cuenta otras dimensiones. Esto es, nuevas formas de concepción social que tienen un potencial progresista y que existen en las capas medias y también en ciertos sectores de las clases burguesas. Una de estas dimensiones es la tendencia a una posibilidad de solidaridad individualista. Es decir, un compromiso solidario sin la inserción colectivista, en un ambiente social colectivo a largo plazo. Esta solidaridad individualista se ha expresado de forma tal vez más clara e importante en la defensa de los derechos humanos. Dedicación que, en muchos casos, es y ha sido individual, pero al mismo tiempo ha supuesto un tipo de individualismo que refleja cierto grado de solidaridad, un individualismo solidario. Esta posibilidad de inéditas combinaciones de solidaridad e individualismo se deriva de las nuevas estructuras sociales y de las nuevas culturas emergentes a las cuales ya nos hemos referido en los debates anteriores.

4 Existe otro aspecto de una apertura posible (no necesariamente probable, aunque sí potencialmente realizable) en los sectores medios: el egoísmo racional. Es decir, un egoísmo que reconoce la irracionalidad de los costos sociales y los efectos negativos de la miseria, la falta de esperanza, la violencia, la criminalidad y el miedo, no sólo para los pobres sino también para los mismos ricos. El individualismo solidario y el egoísmo racional podrán, en algunos países, añadir nuevas fuerzas al proyecto de una izquierda del futuro.

5 Por último, un discurso que aspira a la hegemonía tiene que dirigirse a los intereses de la nación. Pero a sus intereses, no en un sentido nacionalista y en oposición o en conflicto con los intereses de otras naciones. Un discurso hegemónico de la izquierda debe considerar que la “nación” es la sociedad en su totalidad, con su historia y su horizonte cultural colectivo.

No sé cuándo, pero el pos neoliberalismo llegará. La historia no terminó.